

**Medicina y
política. Dos
personajes de
Jaén de nuestro
siglo XX:
Fermín Palma
García y Juan
Pedro Gutiérrez
Higuéras**

C. Gutiérrez / F. Palma

Preámbulo

Al rememorar la enorme y paralela coincidencia de dos vidas y dos quehaceres, que transcurren con sus vicisitudes y acontecimientos de forma muy semejante, en el mismo marco geográfico y en el mismo siglo que está finalizando, nos ha parecido que merecería la pena dejarlas escritas.

Sus obras, su creatividad, son enormemente similares y tan idénticas, que nos resultaría difícil encontrarlas en la vida cotidiana y en el ámbito de una modesta capital de provincia.

Los dos ejercieron la Medicina de forma ejemplar, destacando en sus correspondientes disciplinas. Fermín Palma elevó y prestigió la Cirugía, incorporando las técnicas de las primeras décadas del siglo que tanto le hizo progresar y realizando una práctica quirúrgica basada en el conocimiento de la fisiopatología. Juan Pedro, contribuyó de forma espléndida a la Psiquiatría española, que tuvo su culminación con la construcción y puesta en marcha del Sanatorio Psiquiátrico «Los Prados», que funcionó bajo su dirección como una verdadera escuela avanzada de frenopatía.

Ambos llegaron al Decanato del Cuerpo de la Beneficencia Provincial, de tanto prestigio en su tiempo, lo que les dio ocasión de cuidar y mejorar la asistencia, esmerando tanto el aspecto científico como social.

Uno y otro desempeñaron la Alcaldía, desarrollando una tremenda labor administrativa y de ejecución de obras ejemplares, siendo éstas el testimonio más elocuente del trabajo que realizaron. Igualmente, presidieron la Diputación Provincial. También recibieron el título de Hijos Adoptivos y las Medallas de Oro de Jaén y su Provincia. Los dos tienen una calle con su nombre en la Ciudad.

Todo esto no pasaría de ser anecdótico si no hubieran sido hombres que ni pretendieron ser ejemplo para los demás, ni imponer su estilo. Fueron, eso sí, exigentes consigo mismos, antes que exigirle a los demás, y porque desde el primer momento sabían escuchar y respetar. Tuvieron la enorme satisfacción de trabajar y administrar honestamente, sabiendo crear antes que mandar. Aquí es donde tuvieron su grandeza, no en su incidental semejanza, sino en su voluntad férrea de servir.



A modo de introducción

El cómo y porqué de estas líneas reconoce un origen por encargo. Verdad que en su inicio no pretendían un análisis y extensión tan a fondo o pormenorizado de estos dos personajes. Y si en sus comienzos se aspiraba a un comentario cruzado de cada uno de los protagonistas por el hijo del otro, para su publicación por separado, en un bosquejo histórico y profesional de cada uno, su gestación fue complicándose y adquiriendo un alcance cada vez más ambicioso. Amor de hijos. En realidad, no debió encargársenos a nosotros similar tarea.

Porque ambos autores, inquietos por el filial prurito respectivo de destacar los diversos matices humanos de cada personalidad, fueron extendiendo su campo de visión para completar los rasgos vitales de cada uno de ellos. A la postre, convinimos, incluso, en reunir en una sola obra la vida y «milagros» de los mismos. Su procedencia, formación, inquietudes, afanes, trabajos, etc. En principio, proyectamos titular la obra con la rimbombante denominación de «Vidas Paralelas», al estilo de Plutarco, «*vidas comparadas*», en expresión de este propio autor, quien, a su vez, recurre a Esquilo cuando dice:

«Quién tendrá compañía a esta lumbrera?

¿Con quién se le compara? ¿Quién le iguala?»

al escribir de Teseo para intentar compararlo a Rómulo de los que dice «*hacen juego por muchas notas de semejanza*».

Muy ambiciosa –puede que en exceso– nos pareció la denominación, incluso incurriendo en delito de apropiación indebida a los derechos de autor por el uso de ese título.

Ello no obstante:

1.º esa era la intención inicial, posteriormente rectificada; y
2.º esa alusión a las «vidas paralelas» ya fuera usada por el propio Gutiérrez Higuera en las palabras que pronunciara en el ágape y acto de homenaje a Fermín Palma con motivo de su jubilación. Y justo es recordarlas ahora y aquí.

Verdad que Plutarco pretendía establecer comparaciones o equiparaciones entre personajes griegos y romanos. No es nuestro caso. Los que nos ocupan son de idéntica patria y región, aunque no comprovincianos, con igual idioma, mas con una idéntica o muy parecida inquietud, similar interés e impresión que con espíritu y formación comunes, si bien alejados entre sí en el tiempo.

Estas consideraciones nos llevan a plantearnos una pregunta de trasfondo psicológico profundo:

¿Qué interés común, cuál sea el punto de encuentro, qué origen se dio en la inquietud de estos dos médicos, inicialmente desconocidos entre sí, para seguir un camino similar que, partiendo de la curiosidad médica y su afán por sanar al hombre, les llevó a la política, a lo que parece, con semejante fortuna?

Si inicialmente medicina y política impresionan como actividades desconocidas, extrañas o alejadas entre sí, si se entra en un análisis más detenido puede entreverse o intuirse una cierta comunidad de fines, un traslado del interés por el ser humano enfermo, propio del médico vocacional, a una colectividad en algo anormal o patológica necesitada de ayuda, de certero diagnóstico, adecuado análisis etiológico de sus dolencias e intento terapéutico para corregir sus males. El paso de actuación desde el ciudadano enfermo a la colectividad dolorida es fácil de comprender y captar, aunque, de entrada, el planteamiento anterior nunca se hubiese hecho de forma consciente por parte de los protagonistas de nuestra historia. Es así cómo la Medicina puede mostrar muchos puntos de parentesco con la Política.

Se trataría, pues, y por así decir, en nuestros dos personajes, de un traslado inconsciente del interés por el individuo aislado al grupo o colectividad, aplicando los métodos básicos de la medicina a la actuación pública, en un afán primigenio de «sanar, mejorar lo que se pueda, y cuando nada de esto es posible, consolar al menos» (MARAÑÓN). Actividades ambas que, cuando no son usadas por intereses espúreos, se tornan en el más noble, sublime y superior quehacer y meta: el ser humano, en suma, aislado o en grupo. Elevado afán y excelsa aspiración. Valgan estas líneas, y las que siguen, como homenaje a dos hombres de nuestro siglo XX que, incluso, con procedencias distintas, edades diferentes, especialidades médicas dispares (uno, el cuerpo físico y material, la vida psíquica e intangible, el otro), de biotipología contrapuestas, en alguna época de sus vidas y por vicisitudes muy diferentes, encontraron oportunidad y ejercieron —parece que con cierto éxito— tareas públicas, dominados por entusiasmo, ilusión, elevación de miras y amor a los demás, con pleno desinterés, sin otra ambición que ser útiles a nuestra humanidad municipal y provincial, de una ciudad y provincia alejadas de todo punto de mira nacional. Permítasenos —se nos ha encargado y no nos guía un prurito especial de ensalzar a nuestros progenitores— dedicar unas líneas a su recuerdo.

Jaén, enero 1999
Los autores